

© Cristóbal Serra
© 2008, Edicions Cort

Calle Can Troncoso, 3, 1º
07001 Palma de Mallorca (España)
Tel. 971 71 27 80
Fax 971 72 00 36

comercial@edicionscort.com
www.edicionscort.com

ISBN: 978-84-7535-602-0
Depósito legal: PM 52-2008

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia.

esta vez cargado de esponjas, se ahogó. También nos habla de un asno que pensaba que las postraciones que hacían los hombres ante las estatuas que portaba sobre sus lomos iban dirigidas a él, o de otro que se alimentaba sólo de rocío para poder cantar como las cigarras, razón por la que murió. Hubo otro que se puso una piel de león y, confundido con este animal, gozaba del miedo que transmitía a todas las criaturas; pero le faltaba la astucia del zorro, el único animal que no se asustó de él, porque le había oído rebuznar. Los reos de la Inquisición cabalgaban al suplicio montados en asnos (de esta manera los ha dibujado Goya), así llevados conforme a la creencia de una naturaleza demoníaca del animal. Pero el asno también ha sido visto como divino: Santa Teresa, por ejemplo, para expresar su inefable unión con Dios, dice: «Páreceme a mí que anda el alma como un asnillo que paca». El delicado burro Platero, siempre entre pozos blancos, calles encañadas y campos de lirios, inspiró a Luis Buñuel y Salvador Dalí algunas imágenes de violenta poesía en su poema filmico *Un chien andalou*, como es la del «carnuzo» o «asno podrido». Sin embargo, el cariño por el asno parece innato. Su muerte impregna el aire de melancolía. Recordemos a aquel famoso anónimo de la canción popular: «Ya se murió el burro/ que acarrea la vinagre/ ya se lo llevó Dios/ de esta vida miserable...». La degradación del asno es una injusticia que Cristóbal Serra intenta reparar con las armas de la poesía y trazando las líneas maestras para la fundación de una futura Asnología que lo enaltezca. Busquemos, pues, un complemento de aquellos aspectos que tan poéticamente trata el autor, tanto de los que el burro lleva en las alforjas de su naturaleza, como de los que

Aproximaciones a la rehabilitación del asno propugnada por Cristóbal Serra

JOSÉ RAMÓN DEL CANTO NIETO

Cristóbal Serra se ha dedicado durante muchos años a transmitir en su obra su amor por el asno, y de manera monográfica en su libro *El asno inverosímil*, donde en sucesivas estampas da cuenta de este fabuloso animal, tanto en los momentos en que sale bien parado, como en aquellos en que se hace evidente la degradación que ha sufrido a lo largo de la historia. Y es que la consideración del asno ha sido siempre contradictoria, su perfil no ha gozado, por así decirlo, de un arquetipo claro. Platón, en el *Fedón*, considera lógico, por boca de Sócrates, que los hombres que se han entregado en vida a la glotonería, el desenfreno y el exceso de bebida, se reencarnen en asnos. En el mundo de la fábula, el asno aparece representado como un animal ambicioso, tozudo y necio, y es famoso por su incontinencia sexual. Esopo nos habla de uno que no hacía caso al arriero que le aconsejaba ir por un camino liso en lugar de uno abrupto, o de otro que acarrea sal, y que al caer a un río, se vio liberado de su carga porque la sal se disolvió; por ello, en otra ocasión, se dejó caer al agua, pero al ir

han cuajado en tipos culturales de índole muy diversa en la Literatura y en la Historia.

Para Serra, la denigración cultural del asno tiene su punto de partida en el Egipto antiguo a raíz de un relato fundacional, la lucha que entablan los dioses Set y Horus. Según la leyenda, Horus era hijo de Osiris e Isis. El dios Set mató a Osiris, hermano suyo, y dispersó su cuerpo desmembrado que luego su esposa hubo de reunir. Horus emprendió entonces una lucha contra su tío —una lucha del bien contra el mal— en la que logró finalmente la victoria haciéndose así con la soberanía del universo. Se ha visto un paralelo de este relato en el mito griego de Tifón, el gigantesco monstruo que desafió a Zeus. El dios olímpico lo venció y encerró debajo del volcán Etna, en Sicilia, con lo que el orden cósmico quedó definitivamente restaurado; desde el fondo de la tierra emite a veces impotente sus últimos coletezos de fuego. Según Plutarco, en su obra *Isis y Osiris*, Tifón era pelirrojo (en griego, *pyrrós*), palabra que denota tanto “el color del fuego” como también el “amarillo leonado” (lo que en latín expresa el adjetivo *fulvus*, emparentado con el verbo *fulgere*, “brillar”, “resplandecer”; ambas palabras derivan de una raíz indoeuropea que significa “estar en llamas”). Su color evoca, sin duda, las tonalidades del desierto. De la palabra griega *pyrrós* procede la adaptación latina *burnus* (y en castellano, el adjetivo “buriel”: “de color rojo, entre negro y leonado”, según el Diccionario de la Real Academia). Set lucía este color maldito. Era —en palabras de Serra— un ser «moreno-rojizo, un ardiente demonio». Y además tenía forma de asno. Por ello, en ciertas ceremonias, los egip-

cios lo humillaban insultando a los hombres de cabellos rojos o despeñando un asno desde lo alto de un precipicio. En otras, los iniciados eran introducidos en un Asno Rojo. Este tránsito simbolizaba la muerte de la que después se renacía. Quedaba de esta manera consagrado el carácter maldito del animal. La maldición del asno es, pues, consecuencia de un pecado original egipcio.

Los hebreos, por el contrario, siempre vieron con buenos ojos al solípedo, como podemos rastrear en la Biblia. Por las páginas del Libro, ya desde el *Génesis*, transitan reatas de asnos patriarcales, montan sobre sus lomos a jueces, hablan con profetas y pacen a la vera de reyes. Su presencia llega triunfalmente entre ramas de olivo hasta Jerusalén en el Evangelio. A diferencia de Egipto, el asno gozó de tan buena prensa entre los hijos de Abraham, que hasta fueron por ello calumniados. Según una leyenda atribuida a Apión, Tifón huyó del campo de batalla montado en un asno. La travesía duró siete días, y una vez a salvo, engendró a dos hijos: Hiro-sólino y Judeo, epónimos de Jerusalem y Judea. Según cuenta Flavio Josefo, los judíos fueron acusados de adorar una cabeza de asno. Las secuelas de esta acusación se extendieron hasta los primeros cristianos de Roma, pues los paganos se valieron de este tópico para escarnerlos, según afirma Tertuliano.

En Mesopotamia, el asno tenía la consideración noble del caballo. Los equinos del arte sumerio son onagros, asnos salvajes, la variante irreducible del animal, pues no conocían el caballo. En el poema de Gil-

- 8 -

niso. Cuando Zeus se batía en guerra contra los Gigantes, convocó a todos los dioses para luchar contra ellos; a la liza acudieron entonces Dioniso, Hefesto y los Sátiros montados sobre unos asnos. Ante la inminencia de sus enemigos, los animales sintieron el miedo pánico y cada uno lanzó un fragoroso rebuzno (algo desconocido por los Gigantes), con lo que consiguieron dispersarlos, y, de este modo, vencerlos. Esta manera de vencer quizás sea la acción más cercana a la guerra en la que jamás participaron, porque, como dice Serra, «grandes batallas, que sepamos, no las protagonizaron burros». Es cierto; Siempre prevalecerá la imagen de D. Quijote sobre Rocinante, lanza en ristre, contra los molinos de viento por encima de la de Sancho plantado en tierra y gritando a la sombra de su rucio. Jordi Pàmias Massana, un joven profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, aprecia atinadamente en el episodio de la lucha contra los Gigantes una sutil crítica de Eratóstenes de Cirene, que es quien cuenta la historia en sus *Catasterismos* (o leyendas de conversión de seres mitológicos en constelaciones de estrellas), al intento de apropiación de la figura de Dioniso por parte de Ptolomeo II Filadelfo y sus sucesores. Este rey griego, pretendiendo presentarse ante sus súbditos egipcios como descendiente de Dioniso, celebró en Alejandría, a principios del siglo tercero antes de nuestra era, una solemne procesión para ensalzar su culto. Mediante la escenificación del regreso triunfal del dios desde la India, quiso establecer al mismo tiempo un paralelo con la figura de Alejandro el Grande. La procesión –un espectáculo propio de nuevos ricos– iba encabezada por una gran estatua del dios seguida de su ejército victorioso: un cortejo de 500 muchachas a las que seguían 120 sátiros ataviados con

- 10 -

dios no nos es extraña, pues la contradicción surge con frecuencia, aun en las más acendradas emociones». Añadamos una historia más: Higinio, bibliotecario del emperador Augusto y hombre amante de la astronomía y de los mitos, que seguramente procedía de Hispania,

gamesh, cuando Ishtar, la diosa asirio-babilónica del amor y de la guerra, requiebra al rey de Uruk y lo tienta con los regalos que ella cree los mejores para el héroe, profiere este maravilloso voto: «que tu asnillo, con carga, adelante a una mula.» En el lamento fúnebre que Gilgamesh entona por Enkidu recuerda el primitivo carácter noble y salvaje de su amigo: su padre –dice– fue el onagro; la asnada salvaje lo crió con su leche. Cuando es consciente de que la muerte alcanza a los hombres y va en busca de la inmortalidad, evoca ante la tabernera Siduri, en los confines del mundo, a Enkidu dando caza al asno salvaje en las colinas. Serra describe al onagro, de esta manera: «muy robusto, de lo más bello, de color blanquecino, de sobresalientes orejas y veloz carrera». También nos recuerda que muchas veces ha sido confundido –por la raya que cruza su lomo– con las cebras. Fray Luis de León, por ejemplo, los llama cebras (por cierto, de aquí deriva el topónimo abulense de Cebreros, referido a los últimos ganaderos que trajinaban con estos animales en las estribaciones de la Sierra de Gredos). En Persia eran un manjar exquisito. Jenofonte, en el libro primero de la *Anábasis*, describe un desierto persa en que la tierra «era plana como el mar», «llena de ajeno y de toda clase de plantas aromáticas», un escenario libre donde corrían los onagros. Los jinetes que los hostigaban desde sus caballos se apostaban a lo largo del camino e iban turnándose en su persecución hasta que los reducían por cansancio. Su caza era un placer propio de reyes.

Más compleja es la consideración del asno en Grecia y Roma. No hay duda de su asociación con el dios Dio-

- 9 -

arnes de plata y bronce que conducían cinco hileras de asnos guarnecidos con teresteras de oro y plata montados por sátiros y silenos coronados, y además, carros tirados por animales exóticos. El recuerdo de la lucha contra los Gigantes que cuenta el mito, la cómica victoria por medio de rebuznos, hace que el desfile de Ptolomeo II Filadelfo y otros sucesivos se parezcan más a una parodia que a una parada militar. Dice también Eratóstenes que la constelación de El Cangrejo tiene dos estrellas brillantes sobre la parte occidental de su caparazón. Son los asnos de la leyenda convertidos en estrellas y consagrados en el cielo. La nubecilla que se ve entre ellas es El Pesebre. Los dos Asnitos (*Aselli*, dice Plinio) están a uno y otro lado de El Pesebre (la imagen contraria del asno de Buridán, un asno ideal equidistante de dos pesebres, ambos llenos de heno. Según Buridán, el filósofo de la Universidad de París del siglo XIV, si existiera la duda perfecta, el asno moriría de inanición por falta de decisión a la hora de acercarse a uno u otro pesebre). Según otra historia, el dios Priapo se las hubo de ver con un asno indiscreto, el asno de Sileno. Este comenzó a rebuznar de manera intempestiva cuando Priapo se acercaba lleno de rijosidad a la diosa Vesta, a la que despertó de un dulce sueño, frustrando así sus efusivos impulsos amorosos. Desde entonces, en la festividad de la diosa, se coronaba a los asnos con flores y quedaban exentos de trabajos. Hay constancia también en la antigüedad de sacrificios de asnos a Priapo y de unos monumentos levantados en su honor, unas figuras con la cabeza de este animal, pero también es patente el resentimiento de Priapo contra el solípedo. Sobre esta ambivalencia hacia el asno Serra concluye: «Juzgada con criterios humanos, esta doble actitud de un mismo

- 11 -

escribió en griego, en su colección de *Metamorfosis*: En Mesopotamia, cerca de la ciudad de Babilonia, vivía un personaje llamado Clinis que, de la mano del dios Apolo y de su hermana, la diosa Artemis, había visitado el País de los Hiperbóreos, la región de la geografía mítica que

cuenta que Dioniso [*Liber Pater*], a quien en una ocasión la diosa Juno había vuelto loco, huyó, presa de su delirio, a través de la región montañosa del Epiro con la intención de obtener una respuesta del oráculo de Zeus en el santuario de Dodona que le permitiera recobrar su anterior condición. Cuando hubo llegado a una extensa laguna intransitable, se topó con dos asnos que le salieron al paso; montó en uno de ellos y atravesó así, a lomos suyos, la laguna. Nada más llegar al templo de Zeus quedó liberado de su locura y, para agradecer a los asnos su favor, llevó su recuerdo al cielo creando la pequeña constelación. Según algunos mitógrafos, a aquel que le había llevado sobre sus lomos le concedió además voz humana (un don que, por cierto, también se le otorgó a la burra del profeta Balaam). Con el tiempo, este mismo asno tuvo una contienda con Príapo acerca del tamaño de sus respectivos miembros viriles. El asno resultó vencedor y, por ello, Príapo lo mató (aunque, según Lactancio, el dios no fue *victus*, sino *victor*). Dioniso, entonces, se apiadó de él y lo llevó al cielo.

Pero, a pesar del carácter dionisiaco del asno que Serra subraya, es conveniente constatar una leyenda griega en la que el asno está consagrado, curiosamente, a Apolo, el dios rival –y complementario– de Dioniso, según enseña Nietzsche. Cuenta la historia Antonino Liberal, un autor del siglo segundo de nuestra era que

-12-

Veámos en el episodio de los Gigantes que, con su rebuzno, el asno se manifestaba como heraldo de la victoria (aunque fuera por casualidad, como por casualidad tocó la flauta el asno de la fábula de Iriarte). En la novela *El asno de oro*, del romano del siglo II llamado Apuleyo, el asno aparece como mensajero de una buena nueva. En esta obra se nos habla de Lucio, un hombre que, por arte de magia, acabó convertido en este animal. Para expresar la caída y degradación humana de Lucio, Apuleyo se vale de este tránsito, pues el asno simboliza la ambición y la lujuria, además de la necedad. En su metamorfosis, sin embargo, el protagonista conserva intacta su capacidad de pensar (aunque no de hablar). Desde esta perspectiva estamos ante una humanización asnal, pero también, como en un espejo inverso, mediante un hombre escondido bajo la piel de un asno, asistimos a una asnalización humana que sirve para comprender la vida de este sufrido animal. Según un autor francés, René Martin, el “oro del asno” hace referencia en realidad al burro rojo-amarillento (*pyrrós*), viniendo a simbolizar así la metamorfosis de Lucio la caída del hombre en las garras del malvado Set. La novela pretendería entonces un fin ambicioso: mostrar cómo, tras el velo de la apariencia, después de muchas peripecias, Lucio encuentra la luz, pues, tras comer unas rosas –condición para recobrar su forma humana– recibe además la revelación de la diosa Isis. Así, con este rescate, el papel maldito del asno asociado al maligno Set queda invertido en Roma, y redimido de la degradación egipcia de los comienzos.

El asno en Roma –dice el estudioso francés J.-P. Dar-

-14-

Y así fue –dice Canetti– como «en vez del amor, que era lo que buscaba, el asno encontró su muerte». Una vez más podemos comprobar la inagotable complejidad de la figura del asno y la riqueza de sus contradicciones.

se encuentra, como su nombre indica, «más allá del Bóreas», el viento del Norte. Éste era un país especialmente amado por Apolo. Allí Clinis vio cómo le eran gratos al dios los sacrificios de asnos, y cuando a su vuelta a casa contó estos prodigios sus hijos quisieron introducir ritos semejantes en Babilonia, a lo que el padre se opuso tajantemente. Tales sacrificios –dijo– sólo los aceptaba Apolo entre los Hiperbóreos (se ha interpretado que el tabú de sacrificar asnos en la antigüedad residía en la naturaleza demoniaca del animal). Pero sus hijos, llevados por su joven insolencia, desobedecieron e intentaron tozadamente llevar a cabo el sacrificio. Los asnos, entonces, se volvieron contra los muchachos, y a punto estuvieron de devorarlos si no fuera porque las diosas Leto y Ártemis los convirtieron en aves. También Apolo tiene, pues, querencia por los asnos. Llega a mostrar su regocijo cuando contempla su lubricidad (según cuenta Píndaro el poeta en la décima de sus Píticas). El dios debía sin duda querer a los asnos como se quiere furtivamente a lo contrario, a lo complementario, y se siente orgulloso por ello de sus criaturas septentrionales, sombra de sus hermanos meridionales si nos atenemos al veredicto de Serra, pues «los asnos prevalecen más y mejor en los países donde el sol escuece y calienta hasta dejar en pura llama sus lomos; o, dicho de otra manera: «donde existe un sol pálido, palidecen las asnales virtudes».

-13-

mon– es «portador de esperanza de victoria y salvación, y su rebuzno discordante parece capaz de anunciar triunfalmente [como en la novela] la buena nueva (*Evangelium*)». Agustín García Calvo aprecia en el rebuzno del asno (en su largo poema *A burro muerto...*) una forma de razón: aquella que no emite opiniones, sino que es pura queja. «El rebuzno –dice Serra por su parte– se tendrá en aprecio aunque no sea ruido grato a los oídos musicales (...) hay que respetar que, de este modo, el asno exprese sus cuitas amorosas. Es hambre de amor lo que expresa y esta hambre merece todo nuestro respeto». Para acabar, recordemos lo que le ocurrió a un asno cuando rozó de amor. Se trata de una fábula originaria de la India que Elías Canetti, en su libro *Masa y poder*, define como «un pequeño manual de simulación» y en la que la razón de amor, sin embargo, no revela precisamente una buena nueva:

Un lavandero tenía un asno capaz de transportar cargas extraordinarias. Para alimentarlo, el lavandero lo cubría con una piel de tigre y luego, cuando caía la noche, lo conducía a los trigales ajenos, donde el asno se hartaba a sus anchas, pues nadie se atrevía a acercarse y echarlo, ya que todos lo tomaban por un tigre. En una ocasión, sin embargo, lo acechó un guardia rural que se había echado un manto gris sobre el cuerpo y llevaba su arco listo para matar a la fiera. Cuando el asno lo vio de lejos, el amor lo embargó, pues creyó que el hombre era una borrica. Empezó, pues, a rebuznar y corrió hacia él. Pero el guarda rural lo reconoció por sus rebuznos y lo mató. [trad. J.J. del Solar]

-15-



*Después de haber revuelto cien mil libros
desta mi ciencia endemoniada y torpe.
(Quijote, segunda parte, cap. 35)*

*¿Quién creerá en ti, en estos tiempos de libertad,
si crees en semejantes asnerías divinas?
(Nietzsche, "La fiesta del asno",
de Así hablaba Zaratustra)*